

**Thomä, Helmut ; Kächele, Horst**

*Problemas teórico – científicos y metodológicos  
de la investigación clínico – psicoanalítica.  
Segunda parte*

*Theoretical, Scientific and Methodological Problems in the  
Psychoanalytical-Clinical Research. Second Part*

Revista de Psicología Vol. 4, N° 8, 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Thomä, H., Kächele, H. (2008). Problemas teóricos – científicos y metodológicos de la investigación clínico – psicoanalítica : segunda parte [en línea]. *Revista de Psicología*, 4(8). Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/problemas-investigacion-clinico-psicoanalitica-segunda.pdf>  
[Fecha de consulta:.....]

**Problemas Teórico - Científicos y Metodológicos de la Investigación  
Clínico - Psicoanalítica<sup>1</sup>  
Segunda Parte**

*Theoretical, Scientific and Methodological Problems  
in the Psychoanalytical-Clinical Research  
Second Part*

Helmut Thomä  
University Ulm  
Horst Kächele  
University Ulm

**Resumen**

En la primera como es esta segunda parte se argumenta sobre la planificación de investigaciones y sobre los métodos en el Psicoanálisis. Esta parte se centra en la verificación de la teoría psicoanalítica en diferentes niveles que se contrastan en definitiva con el problema de la falsación popperiana. La autonomía de las técnicas y los datos observables se relacionan inevitablemente con un núcleo hipotético. En definitiva el foco del carácter instrumental puede verificarse en la elucidación de las perturbaciones de la comunicación.

**Abstract**

In the first part as well as in this second part, the argument is based on planning research and methods in Psychoanalysis. The present part focuses on the verification of the psychoanalytic theory at different levels that are in contrast, ultimately, with the problem of Popperian falsation. Autonomy of techniques and observable data are unavoidably related to a hypothetical nucleus. Definitely, the focus of the instrumental character can be verified by elucidating communication disturbances.

---

Correspondencia: Helmut Thomä  
Universtity of Ulm  
e-mail: thomaeleipzig@t-online.de  
Traducción: María Isabel Fontao

*Palabras clave:* Teoría Psicoanalítica, Terapia Psicoanalítica, Freud, Hermenéutica, Epistemología, Fenomenología, Positivismo

*Key Words:* Psychoanalytic Theory, Psychoanalytic Therapy, Freud, Hermeneutics, Epistemology, Phenomenology, Positivism

### ***Introducción***

Se enfocará los puntos de vista hermenéuticos relevantes para la técnica interpretativa del psicoanálisis, basando el estudio especialmente en los trabajos de Apel (1955, 1965, 1971), Gadamer (1965, 1971), Habermas (1967, 1968, 1971) y Radnitzky (1970). La limitación temática a las relaciones entre la doctrina interpretativa hermenéutica y la psicoanalítica determinó la selección de la literatura, así como una distanciocrítica hacia ella. Esta resultó de la consideración de argumentos filosóficos y epistemológicos tratados también en *La Disputa del Positivismo en la Sociología Alemana* (Adorno 1969), que pueden ser útiles para solucionar determinados problemas metodológicos en el Psicoanálisis. Dentro del marco establecido, se conformará con tomar aquellos aspectos de la hermenéutica que –desde la perspectiva de la historia de las ideas– se acercan a la técnica interpretativa del Psicoanálisis a través de la Psicología “comprensiva”.

### ***Hermenéutica y psicoanálisis***

Con el objeto de garantizar un entendimiento común se dará una descripción definitoria sustentada en la exposición de Radnitzky. La denominación “hermenéutica”<sup>2</sup>, introducida a comienzos del siglo XVII, designa el procedimiento de interpretar textos (“una doctrina del arte de elucidar textos”). Para la griega Technai Logikai (“Artes sermonicales”), la hermenéutica estaba emparentada cercanamente con la gramática, la retórica y la dialéctica. Aún hoy, la hermenéutica se vincula con la enseñanza normativa de la lengua. Trata de una explicitación (“elucidación de conceptos a través de experimentos del pensamiento”) que se mueve en el así llamado círculo hermenéutico a través de una precomprensión [Vorverständnis] del significado total y de la exploración de los contextos de situación supuestos; alude al interjuego infinito entre la

frase “El comprender es siempre una identificación del yo y del objeto, una reconciliación de aquello que –de no mediar la comprensión– estaría separado; lo que no comprendo me es ajeno y otro”, traducida en términos contemporáneos podría provenir de un psicoanalista que se ocupa de la esencia de la empatía (ver por e.g. Greenson 1960, Kohut 1959), pertenece a Hegel (cit. en Apel 1955, p. 170).

Kohut (1959, p. 464) enfatiza que Freud tornó utilizables la introspección y la empatía como instrumentos científicos para la observación sistemática y el descubrimiento. Entre la situación psicoanalítica y la hermenéutica general se establecen relaciones en una doble dirección. El psicoanalista accede a conductas actuales incomprensibles de un paciente a través de la persecución de su desarrollo. Aquí tiene lugar la comprensión histórico-genética, la comprensión de fenómenos psicológicos o psicopatológicos en su nexo más estrecho con una biografía. Con ello se tematiza el problema de la relación de la parte con el todo y viceversa, y de su elucidación. La interpretación comienza, según Gadamer:

...allí donde el sentido de un texto no puede comprenderse directamente. Debe interpretarse allí donde no se quiera creer lo que la apariencia representa directamente. Así, el psicólogo interpreta al no dejar prevalecer el significado intencional de confesiones biográficas y al repreguntar qué sucedió en el inconsciente. De igual modo, el historiador interpreta los hechos de la tradición para llegar al verdadero sentido que se encuentra detrás, que se expresa y a la vez se oculta en aquéllos... (1965, p. 319).

Gadamer pareciera considerar aquí a un psicólogo que ejerce la psicoterapia psicoanalítica; su descripción caracteriza los interrogantes de la Psicología profunda. Fue justamente lo incomprensible, la aparente falta de sentido de los fenómenos psicopatológicos lo que, a través del método psicoanalítico, pudo ser reconducido hasta sus condiciones de surgimiento y comprensión. Ahora bien, no es un detalle sin importancia el hecho que según Gadamer, la deformación o escritura críptica plantea uno de los problemas hermenéuticos más difíciles. Aquí, la hermenéutica filológica se topa posiblemente con un límite similar a aquel que ya la Psicología comprensiva –en la forma de la Psicopatología descriptiva de K. Schneider– no pudo superar. Es un hecho de la historia de la Ciencia que ni la comprensión estática ni la genética en el

sentido de Jaspers contribuyeron a la psicogénesis de los síntomas neuróticos y psicóticos o a su psicoterapia. Por ello, se debe preguntar por qué medios el método psicoanalítico aportó una ampliación significativa a la comprensión. ¿Consiste el Psicoanálisis en tanto método en una Ciencia especial hermenéutica e interpretativa –con algunos añadidos? ¿Consiste en una adaptación de las reglas tradicionales de la interpretación a las circunstancias específicas de la psicopatología o de la relación psicoterapéutica médico-paciente? ¿Debemos buscar la diferencia en la praxis o –desde la perspectiva de la historia de la ciencia– se trata de un novum, de un paradigma teórico explicativo original en el sentido del historiador de la Ciencia (Kuhn, 1967), que logró crear nuevas posibilidades técnicas de la interpretación comprensiva?

Sin duda que estas nuevas posibilidades técnicas, en especial las técnicas terapéuticas, se caracterizan por el hecho de que a través del supuesto del inconsciente las reglas de interpretación filológicas e históricas adquirieron una dimensión más profunda. En ese sentido podría denominarse a la técnica interpretativa del Psicoanálisis como “hermenéutica profunda”, como lo hacen Habermas y Lorenzer. Según Habermas, la interpretación psicoanalítica se ocupa de las conexiones simbólicas en las cuales un sujeto se engaña acerca de sí mismo. La *hermenéutica profunda* que Habermas contrapone a la filológica de Dilthey se refiere a textos que revelan autoengaños del autor. Además del contenido manifiesto (y de las comunicaciones asociadas a él, indirectas pero intencionales) en tales textos se documenta el contenido latente de una parte de las orientaciones del autor a la cual él no puede acceder, que es ajena y propia a la vez (1968, p. 267). Si en este contexto la hermenéutica profunda aparece como proceso que marca la abolición de la alienación [Entäusserung], en otro lugar el mismo Habermas estipula como tarea específica de esta hermenéutica no restringida al proceder filológico la combinación de análisis del lenguaje con la investigación psicológica de las relaciones causales (1968, p. 266).

Como se verá, el objeto y el método del Psicoanálisis y especialmente su comprobación científica por medio de la experiencia se diferencian sustancialmente de la Hermenéutica filológico - teológica o del análisis del lenguaje, de modo que el parentesco de la denominación “Hermenéutica profunda” establece que entre ambos resulta excesivamente cercano. Freud adoptó ciertamente una postura comprensiva:

Hablaba con los pacientes y creía lo que ellos le decían. Pero en vez de utilizar métodos objetivos desarrolló métodos adecuados a los fenómenos que vio, y estos métodos demostraron ser transmisibles. Es decir que surgió un tipo de metodología científica que no hubiera surgido si previamente los fenómenos no hubieran sido vistos por una persona dotada del maravilloso don de asumir los fenómenos y de una capacidad de comprensión muy crítica, una mente muy metódica. (Weizsäcker 1971, p. 301).

### *Sobre la relación de la práctica interpretativa del Psicoanálisis con sus teorías explicativas*

La observación final de la cita anterior de Weizsäcker tiene gran alcance: se explicaba que las teorías explicativas psicoanalíticas no podían demostrarse científicamente en forma definitiva sino en la propia práctica psicoanalítica. Sin aplicar el método psicoanalítico y fuera de la situación terapéutica sólo pueden testearse las partes de la teoría que no están supeditadas a la particular relación bipersonal como base experiencial, cuyas afirmaciones no se refieren directamente a la práctica terapéutica<sup>4</sup>.

Según Rapaport (1960), la mayor parte del material experimental de prueba para la teoría psicoanalítica (ver Sears 1943, Hilgard 1952) puede ser puesto en duda porque “la gran mayoría de los experimentos, cuya función debería ser la de testear las aseveraciones psicoanalíticas, revelan una flagrante falta de interés en el significado que las aseveraciones sometidas a prueba adquieren en el interior de la teoría psicoanalítica” (citado según la edición alemana 1970, p. 117).

En este mismo sentido, cuando se habla de teoría explicativa se está refiriendo a la teoría explicativa clínica. Por ello, si las teorías clínicas se ponen a prueba en forma concreta en una determinada díada (paciente-analista), de ello se derivan problemas especiales, ya que método y teoría en el Psicoanálisis poseen un nexo particularmente estrecho. Para la argumentación posterior es fundamental el supuesto de una profunda vinculación entre práctica y teoría: se opina definiendo aquí que “el arte interpretativo psicoanalítico” está sujeto a fundamentos teóricos. Parafraseando a Popper podría decirse que los hechos siempre se interpretan a la luz de teorías (Popper 1969a, p. 378). El que la luz de las teorías psicoanalíticas ilumine cada caso particular de modo alta-

mente insuficiente, por lo menos al comienzo del tratamiento, no es atribuible a la debilidad de las teorías sino a la inevitable escasez de información; pero los supuestos hipotéticos que guían la actividad interpretativa entran inmediatamente en juego. No obstante, sobre esto hay puntos de vista diferentes y hasta contrapuestos. Así, MacIntyre afirma que el Psicoanálisis como Psicoterapia es relativamente autónomo de la teoría psicoanalítica, y agrega enfáticamente: “El método de tratamiento de Freud es totalmente independiente de sus especulaciones teóricas, hecho que quizás aún se subestima” (1968, p. 123).

Si se considera la fundamentación que parece hablar a favor de una relativa o absoluta autonomía de la técnica tropezamos con un *mixtum compositum*, constituido de supuestas experiencias prácticas y juicios acerca del estatus de la teoría. Para empezar se mencionará en forma condensada algunos argumentos del primer grupo.

Tesis 1: Hay éxitos psicoterapéuticos obtenidos por médicos cuyo saber teórico psicoanalítico es mínimo o casi nulo.

Tesis 2: Durante el tratamiento, los psicoanalistas tantean a menudo en la oscuridad. Se suele agregar que a pesar de la insuficiente –incluso en ciertas situaciones total– falta de orientación teórica, éstos proceden intuitivamente en forma correcta.

Si bien es cierto que ambas tesis parecen acertadas, se plantea inmediatamente la siguiente pregunta: ¿a favor de qué hablan? De ninguna manera fundamentan, tal como se señalará luego, una “autonomía de la práctica”. Es muy probable que estas observaciones, que por otra parte no fueron examinadas sistemáticamente, caractericen el hecho de que hay un actuar ligado inadvertidamente a la teoría. Aquí resulta válido el principio lógico del conocimiento formulado por Popper, que refiere a interpretaciones en sentido general y no psicoanalítico: en toda relación interhumana puede surgir la palabra adecuada en el momento justo sin que se produzcan más derivaciones o reflexiones teóricas. Las interacciones psicoterapéuticas no representan una excepción. En términos psicoanalíticos se diría que también allí puede jugarse mucho en forma preconsciente, así como en el mismo proceso de aprendizaje psicoterapéutico. Como aquí no se trata de la transmisión de un saber sino de una experiencia inmediata, también pueden adquirirse conocimientos prácticos durante la formación. Con ello podría parecer que se renuncia a la teoría; así por ejemplo, se dice que durante la formación en grupos Balint no se trans-

mite conocimiento teórico acerca de las psiconeurosis o la psicopatología. Si ello fuera así, se estaría sustentando la tesis de la “autonomía de la práctica”, ya que los indiscutibles éxitos psicoterapéuticos de los médicos formados en grupos Balint serían *per definitionem* independientes de la teoría. Pero las apariencias engañan: quien haya participado durante largo tiempo de grupos Balint y en especial de la experiencia en talleres con el propio Balint sabe que allí se transmitían modelos teóricos psicoanalíticos de modo especialmente eficaz, esto es, transformados en “instrucciones de procedimiento” (Ver Uexküll, 1963). A esto se agrega que en los grupos Balint el propio hacer y su corrección continua constituyen un momento de importancia central en el proceso de aprendizaje. Se trata de un esfuerzo constante guiado por el principio de ensayo y error, en el cual por otra parte la referencia a la teoría permanece oculta. Se podría acotar que cuando en el proceso de aprendizaje psicoterapéutico la teoría se transmite en forma velada, se la implanta por así decir en el “preconsciente” con la esperanza de que llegado el momento podrá echarse mano de ella como acción. Esto último resulta problemático, porque el “preconsciente” no es la instancia de prueba adecuada, ni cuenta con criterios mediante los cuales pueda establecerse dónde reside el error y la confirmación en los ensayos.

La insostenible tesis de la relativa o absoluta autonomía de la práctica respecto de la teoría incluye el conocido tema del rol de la intuición en la técnica. No obstante, las comprobaciones teóricas a través del método psicoanalítico no dependen de la respuesta a la pregunta acerca de cómo se constituyen en el psicoanalista las interpretaciones como técnica de tratamiento, si se formaron de manera racional o intuitiva. Lo decisivo es si el psicoanalista tratante o un colega especializado pueden o no reconocer en dichas interpretaciones, sobre la base de una coincidencia entre observadores, un hilo conductor teórico<sup>5</sup> (ver Meyer, 1967). En este sentido vale el argumento de Popper según el cual la objetividad científica podría describirse como la intersubjetividad del método científico (1958, Tomo 2, p. 267).

La investigación del proceso que pone a prueba la teoría se torna complicada por la combinación de variables generales y especiales. Se hace esta diferenciación a fin de poder separar las variables típicas de proceso psicoanalítico de los factores inespecíficos. En la investigación en psicoterapias se demostró tempranamente que el solo interés franco y expresado en forma empática por un paciente, puede ser favorecedor y de mucha ayuda (Kächele

et al., 1973). Como se sabe especialmente a través de las investigaciones de la escuela de Rogers, una disposición comprensiva hacia el paciente como la que exige la regla fundamental psicoanalítica puede de por sí tener un efecto favorable.

La empatía o la “atención libremente flotante” y otras conductas ideales de las que el psicoanalista debe ser capaz tienden no obstante a verse muy perturbadas: no es posible evitar la “contratransferencia”. Una contratransferencia insuperable puede influenciar negativamente el proceso de tratamiento, de modo tal que en dicho caso el éxito o el fracaso no pueden adjudicarse a la teoría. Puede ocurrir que el psicoanalista en cuestión explique acertadamente la psicopatología del paciente y que en términos de contenido sus interpretaciones sean correctas. El hecho de que en la situación psicoanalítica la luz de la “teoría” esté empañada por medios subjetivos y de que entren en juego variables favorables así como desfavorables del terapeuta y del paciente –para no mencionar factores externos que pueden obstaculizar un tratamiento– pareciera justificar el punto de vista que sostiene que los éxitos o los fracasos no pueden ser tomados para la verificación o falsación de la teoría. Esta difundida concepción es tan cierta como falsa: las teorías psicoanalíticas sólo pueden probarse en la conformación subjetiva que adquieren en cada día. Aquí se puede admitir el sentido cotidiano del “comprender”; si se excluyera la empatía, la situación se modificaría de tal forma que ya no sería idéntica al lugar definido para la comprobación de la teoría (Rosenkötter, 1969). Estas reflexiones sustentan el argumento de que en la investigación de proceso psicoanalítico deben considerarse las variables situacionales que codeterminan el proceso de modo inespecífico. Para hacer confiable la obtención de datos psicoanalíticos deben investigarse científicamente procesos interaccionales, tales como los fenómenos contratransferenciales, hecho que al que recientemente Perrez (1971) hizo mención en forma precisa. Si a causa de factores contratransferenciales el psicoanalista se alejase demasiado del comportamiento típico ideal prescrito por la regla fundamental, se abandonarían el terreno de la técnica psicoanalítica y de tal estudio de proceso no podría derivarse ni la falsación ni la verificación de las teorías psicoanalíticas.

La lucha por el mantenimiento de la regla fundamental (Anna Freud, 1936), que caracteriza un aspecto de la interacción psicoanalítica, no desaparece mientras prosiga la interacción, es decir mientras se cumpla la condición mínima de que el paciente concorra y el psicoanalista esté a su disposición. Los puntos

álcidos de esta lucha ponen en evidencia que la situación psicoanalítica sirve fundamentalmente a la elucidación de perturbaciones de la comunicación. En la práctica no existe el diálogo puro, guiado sólo por la comprensión que describe Radnitzky (1970, 1973). Basándose en Apel (1965) Radnitzky habla de fases cuasi naturalísticas en un tratamiento psicoanalítico que deberían comenzar en las fronteras de la comprensión, y sostiene que allí donde el diálogo se interrumpe se introducen operaciones explicativas que amplían la comprensión propia y ajena. Esta separación artificial parece haber contribuido también a la idea según la cual las operaciones explicativas de comprobación de hipótesis concluyen y se confirman a través de la sola comprensión y la reanudación de un diálogo interrumpido. En verdad el diálogo está perturbado desde un comienzo, sobre todo porque la situación psicoanalítica se plantea asimétricamente con el objeto de hacer más visibles las desfiguraciones latentes de la comunicación. Es evidente que en el psicoanalista las teorías psicoanalíticas operan como sistema de conocimiento desde el comienzo de la entrevista con un paciente. Dicho sistema pone a su disposición un lenguaje especializado acerca de conexiones causales y permite la comprensión de aquellas conductas que, de prescindirse de esquemas conceptuales, resultarían inentendibles.

En lo que sigue se tratará sobre la cuestión de los medios específicos de aplicación de la teoría psicoanalítica. Sin duda, la luz de la teoría ilumina los momentos de interpretación en la situación psicoanalítica; en el arte interpretativo se instrumentalizan hipótesis psicoanalíticas. Pero aquí corresponde exponer algunas restricciones a fin de evitar malos entendidos. Desde luego no afirma que a través de las interpretaciones se den explicaciones teóricas; a pesar de la gran diversidad individual en la técnica psicoanalítica, hay acuerdo acerca de que las explicaciones teóricas no son terapéuticamente eficaces. La teoría explica esta experiencia, pero nos ocuparemos aquí de este punto. Para la comprobación científica de la teoría sería desde luego mucho más sencillo si las interpretaciones dejasen reconocer fácilmente su proveniencia: si fueran hipótesis puras. Thomä y Houben (1967) discutieron las dificultades teóricas y prácticas de la utilización de acciones interpretativas para la validación de teorías psicoanalíticas. Desde entonces, los esfuerzos y reflexiones demostraron que el problema es mucho más complejo de lo que se suponía. Es justamente el carácter instrumental de las interpretaciones –que se enfatiza, junto con Loch– lo que complica su función en la comprobación teórica: “Con

las interpretaciones penetramos una estructura de condicionamientos con la intención de producir determinadas modificaciones” (Thomä y Houben 1967, p. 681).

El que las interpretaciones en tanto comunicaciones siempre contengan algo más que su –a lo sumo– identificable hilo conductor teórico, no habla en contra del rol central que ocupan en la verificación de la teoría. En tanto comunicaciones verbales, las interpretaciones también involucran contenidos inespecíficos que en ciertos casos pueden sobrepasar el núcleo psicoanalítico. Así, en investigaciones empíricas se ha demostrado que muchas expresiones no pueden catalogarse como interpretaciones en sentido estricto. Se ilustrará mediante un ejemplo las condiciones que deben cumplirse para poder derivar de las interpretaciones una corroboración de la teoría: se trataría de demostrar en un paciente que las modificaciones pronosticadas aparecen cuando se operacionaliza la hipótesis de la angustia de castración, pero no cuando se emplea la hipótesis de la angustia de separación. De este modo, en principio, sólo serían posibles falsaciones o verificaciones en casos individuales. Las condiciones particulares del ensayo y error limitan la fuerza probatoria del testeo de dos hipótesis alternativas durante un período prolongado de tratamiento. Estas limitaciones surgen de la estructura de las teorías psicoanalíticas, de la que se ocupará luego. Tampoco se tratará aquí el problema de la circularidad, que entra en juego ya que es por medio de interpretaciones que contienen hipótesis que deben ponerse a prueba justamente aquellas teorías de las que tales hipótesis se derivan. Luego se estudiará el problema de la circularidad y la cuestión de la sugestión (ver apartado 1.7.). Aquí se quiere señalar que las comprobaciones deben orientarse según el criterio de los cambios pronosticados en el paciente. La conducta resistencial debe considerarse en este punto y no a posteriori (no es obligatorio predecirla pero sí definirla). Tampoco en la medicina se espera que el paciente cambie si sabotea la terapia.

Para la puesta a prueba de la teoría en cuestión no es relevante el modo en que las interpretaciones surgen en el psicoanalista. Loch (1965), basándose en Levi (1963), propuso un esquema que acentúa la raíz racional, es decir la planificación de interpretaciones con referencia a la teoría, sin descuidar en absoluto el vínculo emocional con el paciente. En contraposición a ello subraya Lorenzer –simplificando sus argumentos– hay que tomar a la intuición como origen de las interpretaciones. Aquí, advertidos por la controversia entre Reik y Reich, es conveniente considerar las ecuaciones personales de los psicoana-

listas y darlas por válidas. No es necesario agregar nada al trabajo de Kris (1951), que clarificó el campo de problemas en torno de “la intuición y la planificación racional” en la psicoterapia psicoanalítica. Por lo demás, en los estudios de proceso e interacción ni las interpretaciones formadas intuitivamente ni las planificadas pueden adquirir un lugar privilegiado, puesto que ambas deben comprobarse en los pronósticos condicionados, es decir en sus efectos objetivables. La precondition para ello es que el mismo analista o la coincidencia intersubjetiva puedan señalar determinadas fases del tratamiento y su trabajo principalmente interpretativo. En registros de audio de procesos analíticos, el psicoanalista que interpreta intuitivamente podría caracterizar a posteriori los presumibles puntos de referencia teóricos y prácticos de su aprehensión intuitiva. Como no se quiere ocultar la ecuación personal aquí manifestada, sin embargo no se puede dejar de puntualizar el escepticismo respecto de una intuición que cree poder trabajar sin reasegurarse retroactivamente sobre la base de datos objetivos y sin someterse continuamente a verificación. También la explicación posterior al análisis como un todo o bien a cada sesión, a la que Lorenzer otorga gran importancia, permanece en varios tramos en el campo de la hipótesis y en un análisis en curso está sometida al “ensayo y error”. Freud se refería justamente a ello cuando prevenía de trabajar científicamente un caso antes de la conclusión del tratamiento. A fin de no comprometer la honestidad terapéutica y científica, la “atención libremente flotante” y el interés dirigido a comprobar la teoría, desaconsejó incluso las comunicaciones intermedias. Evidentemente Freud considera que existe el peligro de que el establecer explicaciones provisorias sobre la formación del síntoma confiera a éstas un estatuto que no les corresponde. Sus reflexiones finales fundamentan su postura científica:

Sería irrelevante distinguir entre ambas actitudes si ya poseyéramos todos los conocimientos, o al menos los esenciales, que el trabajo psicoanalítico es capaz de brindarnos sobre la psicología de lo inconciente y sobre la estructura de las neurosis. Hoy estamos muy lejos de esa meta y no debemos cerrarnos los caminos que nos permitirían reexaminar lo ya discernido y hallar ahí algo nuevo.(Freud 1912e, p. 114).

El punto en cuestión es el carácter provisorio de los supuestos teóricos y por ende cómo crear las mejores condiciones para su corroboración. Pero además del peligro de que la explicación teórica prematura de las neurosis, psicosis y

síndromes psicosomáticos conduzca a la fijación de un prejuicio, existe otro que en términos terapéuticos y científicos tiene efectos igualmente desfavorables. Nos referimos a un arte interpretativo que ignora su núcleo hipotético y con ello la necesidad de constante validación práctica y científica. En función de su aspecto hipotético (latente) las interpretaciones como técnica terapéutica son tan transitorias como las teorías. La práctica refleja la incompletud de la teoría; como máximo puede adquirir el nivel de confiabilidad de la teoría, y sólo en el caso de que la praxis supere a la teoría. Ahora bien, ya en la “metodología” de Freud (Meissner, 1971) se ve que no puede tomarse al pie de la letra el consejo de establecer la síntesis explicativa al final. También en su formación el psicoanalista novato aprende otra cosa; en los seminarios técnicos de los institutos psicoanalíticos se solicitan constantemente informes intermedios que constituyen asistemáticas corroboraciones clínicas de la teoría. Asimismo, la supervisión tiene la meta de testear estrategias interpretativas alternativas sobre la base de modos de comportarse del paciente. Justamente las modificaciones de la técnica interpretativa, ya sea que se hayan formado de modo intuitivo o racional, aportan en el curso del tratamiento o en diversos síntomas las posibilidades de corroboración clínica de la teoría que Freud exigía. Debe aspirarse a una sistematización similar a aquella a que se aspira cuando se fija el foco en las psicoterapias breves de orientación psicoanalítica (Malan, 1963); si se es consciente del peligro que Freud describió, se mantendrá la flexibilidad terapéutica. Por otra parte también las repeticiones de la neurosis de transferencia traen consigo el que se interprete no en forma rígida sino de acuerdo con un sistema flexible y adaptándose a los cambios del paciente.

Teniendo en cuenta las limitaciones que se han mencionado en relación con el posible núcleo hipotético de las interpretaciones, se abordará la pregunta acerca de qué teorías psicoanalíticas pueden ser sometidas clínicamente a prueba. Las investigaciones empíricas de este tipo deben ocuparse del problema de la falsación: ¿cuándo y por qué el psicoanalista renuncia a una “estrategia interpretativa” (Loewenstein, 1951) en beneficio de otra?; la refutación de los esbozos de explicación teóricos subyacentes ¿valen para ese caso o en general?

En las “behavioral sciences” y en las Ciencias Sociales se derivan del propio objeto de estudio problemas especiales en torno de la comprobación y la refutación, que en el Psicoanálisis se discuten de modo ejemplar y que se

convirtieron en blanco de los teóricos de la ciencia, porque la relación entre método y teoría y la mediación de un sujeto se tornó paradigma de la historia de la Ciencia (Kuhn, 1967) para otras disciplinas. MacIntyre describe la diferencia entre un experimentador y un clínico como sigue:

...el experimentador quisiera realizar experimentos en los que sus hipótesis fueran falseadas y producir situaciones en las que si una hipótesis fuera falsa, fracasara; como el experimentador está en busca de defectos en su hipótesis, consideraría un triunfo descubrir una situación en la que ésta se desmoronara. En cambio, al clínico le interesaría sólo lo que fuera beneficioso para la curación (p. 119).

Sin embargo, no es cierto que al clínico le interese sólo aquello que beneficia la cura; por el contrario, la pregunta acerca de los factores que obstaculizan la cura lo preocupa particularmente. Por lo tanto, en cada caso el psicoanalista busca otras hipótesis, aunque no se las pueda aislar de manera de crear una ley experimental estricta y verificarla independientemente del sujeto. MacIntyre plantea entonces la pregunta sobre qué admitirían los psicoanalistas como refutación de sus hipótesis y qué los movería a modificar conceptos teóricos fundamentales. Apoyándose en Glover (1947) MacIntyre responde que nada movería a los psicoanalistas a modificar sus conceptos. Si se considerara con mayor precisión las expresiones de Glover se aclararía cómo llega MacIntyre a una conclusión errónea. El traductor traduce el texto inglés de Glover de la siguiente manera:

Los conceptos básicos sobre los que se sostiene la teoría psicoanalítica pueden y deben ser aplicados como una disciplina que se ocupa de monitorear las reconstrucciones teóricas del desarrollo anímico y las teorías etiológicas que no pueden ser verificadas directamente por la clínica psicoanalítica... A menudo se dice que Freud estaba dispuesto a modificar sus formulaciones si razones empíricas así lo exigían. Esto vale para determinados puntos de su teoría clínica, pero en mi opinión no corresponde a sus conceptos básicos.(p.1)

Lo que explica esta situación es que MacIntyre saltó un gran fragmento del original (Glover 1947), que en consecuencia falta también en la edición alemana. En el pasaje que se dejó de lado Glover menciona a modo de ejemplo algunos conceptos básicos, como movilidad y cantidad de energía pulsional y

huellas mnémicas. Glover opina que hay que remitir los puntos de vista dinámico, económico y tópico, es decir los puntos de vista metapsicológicos, a estos conceptos básicos. Según Glover, como éstos no pueden probarse empíricamente por medio de la clínica psicoanalítica en forma directa, no fueron modificados, a diferencia de la teoría clínica. Pero no es correcto decir que los conceptos básicos, los puntos de vista metapsicológicos nunca experimentaron una modificación (Rapaport y Gill, 1959). Aún en el caso de que éstos hubieran resistido a los hechos, habría que aclarar por qué. Ciertamente es correcto que los puntos de vista metapsicológicos sólo pueden investigarse empíricamente por el método psicoanalítico en forma indirecta. En modo alguno son fundamentales para la práctica psicoanalítica o para la teoría clínica, sino para su “andamiaje especulativo” (Freud, 1925d). Si bien en el conjunto de su obra Freud caracteriza a la metapsicología en ese sentido (1915f, 1925d, 1933a), la “bruja” ejerce una fascinación particular sobre su pensamiento. Esto puede ser atribuible a que Freud nunca abandonó la idea de que algún día las observaciones psicológicas y psicopatológicas del Psicoanálisis pudiesen derivarse de leyes universales. En especial las especulaciones sobre la economía anímica dan indicios de que Freud nunca abandonó por completo “la atrevida idea de fundir (en “Proyecto de Psicología”, 1950 [1895]) la doctrina de las neurosis y la psicología normal con la fisiología del cerebro” (Kris 1950, p. 33). La esperanza de Freud de que todas las teorías científicas, incluida la psicoanalítica, algún día pudieran remitirse a teorías microfísicas, puede reconocerse en el hecho de que en la formulación de los supuestos económicos metapsicológicos se empleó una terminología fisicalista, tal como energía, desplazamiento, carga, etc. Cuanto más se alejan las especulaciones metapsicológicas del nivel observacional del método psicoanalítico, tanto menos adecuado resulta dicho método para fundamentar o refutar el andamiaje especulativo. La distancia entre práctica y teoría también es reconocible en la terminología: cuanto más rico se vuelve el lenguaje neurofisiológico fisicalista de la metapsicología, tanto más dificultosa se torna la determinación de su núcleo psicológico.

El que a pesar de todo ello los puntos de vista metapsicológicos puedan servir de orientación en la práctica, depende de reglas de categorización más o menos explícitas. En general puede afirmarse que los supuestos metapsicológicos sólo tienen importancia científica experiencial en la medida en que puedan vincularse con observaciones a través de reglas de categorización

o correspondencia. No es que a través de tales reglas se brinde una definición completa de los conceptos teóricos mediante el lenguaje observacional, pero estos conceptos adquieren un contenido empírico suficiente para volverlos utilizables y corroborables. Así, una consideración de los supuestos dinámicos, tópicos-estructurales, genéticos o económicos mediante la síntesis de Rapaport (1960) revela que su cercanía a la observación es muy diversa. Su “potencial de supervivencia” (Rapaport, 1960, p.132) corresponde a su cercanía al nivel de observación: la ausencia de reglas de categorización conduce a su extinción, aun cuando aparentemente no se modifiquen. Precisamente su cualidad de inmodificables puede ser una señal de que en modo alguno son fundamentales para la práctica, sino que por el contrario desde un comienzo no transitaban ni se sometían a la comprobación en la práctica.

Las investigaciones clínicas que condujeron al llamado Index de Hampstead (Sandler et al., 1962) demuestran cuán esencial es establecer categorías. Una clasificación de los datos observacionales del caso único en la teoría clínica del Psicoanálisis (y posiblemente en la metapsicología) obligaría a precisar los conceptos como precondition de los estudios de verificación o falsación. El espacio terapéutico del psicoanalista no se ve por esta vía reducido sino por el contrario ampliado, puesto que las alternativas son precisadas y sistematizadas. Pero por sobre todo se hace posible aprehender qué datos observacionales se adecuan a una hipótesis clínica y cuáles la contradicen. Si bien el proceso interpretativo psicoanalítico se caracteriza por la puesta a prueba de hipótesis alternativas, el mismo no apunta a la refutación definitiva de esta u otra explicación teórico - clínica de un caso dado. Tan sólo por motivos de técnica terapéutica hay que dejar abierta la posibilidad de que una hipótesis psicodinámica que en este tramo del tratamiento puede considerarse refutada pueda confirmarse más adelante. En “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” Freud (1915f) muestra casuísticamente algunos problemas de falsación de la teoría en el caso único, de donde deben partir las refutaciones generales.

En relación con el problema de la falsación se produjo una esclarecedora discusión entre psicoanalistas y teóricos de la ciencia (Hook, 1959), en la que luego intervino Waelder (1962) con una reseña crítica. Hook (1959) planteó a algunos psicoanalistas la pregunta por la clase de evidencia que admitirían para establecer que el complejo de Edipo *no* está presente en un niño. La

pregunta de Hook se funda en la postura epistemológica introducida por Popper (1965, 1969) como teoría de la falsación. En su discusión con el positivismo lógico del temprano Círculo de Viena, Popper llegó a la conclusión de que la lógica inductiva no brinda un “criterio de delimitación” que ayude a diferenciar entre sistemas empíricos y metafísicos, científicos y no científicos. Sobre la base de precisas fundamentaciones que al igual que las consideraciones críticas de la teoría de la falsación por parte de Kuhn (1967), Weizsäcker (1971), Wellmer (1967), Holzkamp (1970) no podemos reproducir en este lugar, Popper concluye que no es la verificación sino la falsación de un sistema lo que debe valer como criterio de delimitación. Popper exige que “la forma lógica del sistema posibilite reconocerlo como negativo a través de la puesta a prueba metódica: *un sistema científico empírico debe poder fracasar en la experiencia*” (Popper 1969a, p. 15, el subrayado es del autor).

Esta definición de Ciencia de la experiencia puede ser suscrita por un psicoanalista, tal como puede extraerse de la cita de una reseña crítica de Waelder: “Cuando no es pensable una serie de observaciones a través de las cuales pueda refutarse una excepción, no estamos ante una teoría científica sino ante un prejuicio o un sistema paranoide” (Waelder 1962, p. 632). Ante esta coincidencia de principio resulta por demás sorprendente que la teoría psicoanalítica fuese criticada justamente por la doctrina de la falsación desde el punto de vista de la teoría de la Ciencia. Esto se explica a partir de la exigencia de un protocolo de ensayos experimentales falsables:

...para conceder el estatus de “ciencia”, la teoría de la falsación requiere que puedan llevarse a cabo *experimenta crucis*. Según Wellmer (1972, p. 27) el criterio de falsación dice que “sólo valen como ciencia empírica aquellas teorías que se exponen al riesgo de una refutación experimental, por lo tanto sólo aquellas teorías que sólo ‘autorizaban’ determinada clase de resultados experimentales dentro de todos los pensables y “prohibían” todos los otros”. Es cierto que con la teoría de la falsación Popper sacudió el fundamento epistemológico de los positivistas lógicos del Círculo de Viena; pero por otra parte, si bien toma una distancia crítica hacia ellos, persigue el mismo interés, esto es, la entronización del método experimental de las ciencias naturales como único método válido: “las ‘teorías explicativas’ o las ‘explicaciones teóricas’ de las ciencias de la experiencia, opina Popper, deben poder ser puestas a prueba empíricamente en forma independiente de las experiencias que explican. El tipo de teoría que satisface esta exigencia es el de la ley universal: de

las leyes universales se derivan previsiones que pueden someterse a prueba, independientemente de experiencias anteriores, a través de nuevas experiencias producidas en forma planificada” (Wellmer 1972, p. 13).

Luego de estas indicaciones sobre la teoría de la falsación se retoma la pregunta planteada por Hook; que ahora puede resultar comprensible por qué las respuestas de los psicoanalistas no pudieron satisfacer sus reclamos epistemológicos. Es posible que las descripciones diagnósticas ficticias de un niño sin la menor señal de vivencia y conducta edípicas contuvieran un porcentaje mínimo de complejo de Edipo. Waelder señaló con razón que la teoría de la falsación, orientada hacia el experimento científico natural, no sólo desconoce la estructura lógica del complejo de Edipo como concepto de tipo<sup>6</sup> [Typus-begriff] (ver las explicaciones de Hempel (1952) y Kempfski (1952)), sino también, en razón de su concepto científico normativo - restrictivo, subestima las posibilidades de la refutación clínica de teorías. En las ciencias aplicadas existen, además de la refutación absoluta, otras de un grado de verosimilitud tan elevado que para propósitos prácticos pueden considerarse refutaciones. Así, la teoría psicoanalítica contiene, sobre todo en su parte especial, descripciones de patogénesis de niños autistas o adultos con perturbaciones preedípicas que “prácticamente refutan el complejo de Edipo”. Por ello podría decirse que a través del método psicoanalítico el complejo de Edipo ya había sido refutado antes de que Hook formulara su pregunta basándose en la teoría de la falsación. En efecto, si se someten a prueba las alternativas clínicas sobre relaciones patogénicas, se arriba a consideraciones en las cuales, como en una escala, los componentes del complejo de Edipo de disuelven hasta el punto en que su eficacia es nula, como sucede en el caso de una paranoia celotípica “que se remontaba a una fijación al estado preedípico y no había alcanzado en modo alguno la situación edípica” (Freud, 1933a, p. 121). Es evidente que durante el deslinde diagnóstico y pronóstico, esto es durante la validación clínica de la teoría, se comparan y sopesan signos positivos y negativos. En este sentido la pregunta de Hook posee gran relevancia, puesto que la exigencia de una definición negativa podría conducir en todo caso a precisar la teoría, lo cual es necesario y deseable. De todas maneras y en razón del diverso nivel de abstracción de la teoría psicoanalítica no es fácil saber qué área puede ser sometida a validación a través de la praxis interpretativa.

Por ello, para concluir se dará una visión panorámica sobre los distintos niveles de las teorías psicoanalíticas a fin de señalar las áreas a las cuales el método psicoanalítico puede referirse en las verificaciones empíricas. Por su claridad se utilizó el esquema de Waelder (1962), en el cual se diferencian:

1. Datos de la observación. Son los datos de los que el psicoanalista toma conocimiento a través de su paciente y que en general no son accesibles a los demás. Estos datos constituyen el nivel de la observación. Se interpretan en función de su conexión mutua y de su relación con otras conductas o contenidos conscientes e inconscientes. Aquí se mueve en el nivel de *interpretación clínica individual* (la interpretación “histórica” individual de Freud (1917)).
2. De los datos individuales y sus interpretaciones se derivan generalizaciones que conducen a determinadas afirmaciones respecto de grupos de pacientes, sintomatología y grupos etarios. Este es el nivel de la *generalización clínica* (síntomas típicos en Freud).
3. La interpretación clínica y su generalización permiten la formulación de conceptos teóricos que pueden estar ya contenidos en las interpretaciones o derivarse de ellas, por ejemplo conceptos como represión, defensa, retorno de lo reprimido, regresión, etc. Aquí se está ante la *teoría clínica* del psicoanálisis.
4. Sin que pueda trazarse una frontera precisa, más allá de esta teoría clínica se hallan conceptos más abstractos como carga, energía psíquica, Eros, pulsión de muerte: la Metapsicología psicoanalítica. Especialmente a la metapsicología o detrás de ella subyace la filosofía personal de Freud (ver J. Wisdom 1971).

Este esquema pone en evidencia una jerarquía en las teorías psicoanalíticas, cuya valoración epistemológica se corresponde con un contenido empírico muy diverso. Las interpretaciones se refieren en primera línea a la teoría clínica; como expondremos más adelante, contienen explicaciones que autorizan a efectuar pronósticos. En lo que sigue debería determinarse en qué medida el aspecto tecnológico de este nivel teórico y su postura epistemológica también posee validez para las partes más abstractas de la teoría psicoanalítica.

En resumen, puede decirse que Freud objetivó los fenómenos descubiertos e interpretados en las sesiones de psicoterapia mediante una descripción con-

trolable, y los puso en conexión causal e histórico-genética. Sin embargo, no se limitó a una particular “tecnología de la interpretación”, en el mejor sentido del término (Albert 1971, p. 119), sino que al formular hipótesis etiopatológicas sobre la formación y el desarrollo de enfermedades neuróticas, psicósomáticas y psicopáticas, así como sobre el desarrollo patológico de la personalidad, formuló teorías explicativas –(que probaron ser correctas)– en diversa medida.

### *Interpretaciones generales e históricas*

En los últimos años, Habermas<sup>7</sup> bosquejó –en especial con *Zur Logik der Sozialwissenschaften* (1967) y con *Erkenntnis und Interesse* (1968)– una caracterización de la posición lógico-científica de la teoría psicoanalítica, cuya importancia lleva a presentarla en forma exhaustiva. Habermas caracteriza a la autoconcepción del psicoanálisis como ciencia natural, en especial en Freud, como falsa autoconcepción cientista<sup>8</sup> [szientistischen Selbstmissverständnis] (1968, p. 306). Esta falsa autoconcepción corresponde en especial a la estimación de la teoría psicoanalítica y no tanto a su praxis, esto es, afecta especialmente al estatus científico y a la posibilidad de comprobación de las teorías psicoanalíticas.

Habermas reconstruye el surgimiento de este malentendido de la siguiente manera: las categorías básicas del psicoanálisis fueron “en principio, desarrolladas a partir de la situación analítica y de la interpretación de los sueños” (1968, p. 307). Los supuestos sobre las relaciones funcionales del aparato anímico y sobre la constitución de síntomas, entre otros, no sólo fueron descubiertos en la condición particular de una comunicación protegida de modo específico “sino que, no pueden explicitarse independientemente de ella” (Habermas, 1968, p. 307). De ello se deriva que también la construcción de la teoría corresponde al contexto de la autorreflexión. El anudamiento del modelo estructural, originalmente derivado de la comunicación entre médico y paciente, con el modelo de distribución de la energía es el paso decisivo que conduce al error: Freud “no entendió a la metapsicología como lo único que ésta puede representar en el sistema de referencia de la autorreflexión: una interpretación general de los procesos de formación” [Bildungsprozesse] (1968, p. 309). Según Habermas, la metapsicología “como concepto debe reservarse

para los supuestos básicos que se refieren a las conexiones patológicas entre lenguaje cotidiano e interacción” (1968, p. 310). Una metapsicología entendida de esta manera no sería una teoría empírica, sino una disciplina metodológica que como una metahermenéutica debería iluminar las “condiciones de posibilidad del conocimiento psicoanalítico”. Con esto no queda claro si Habermas aplica realmente puntos de vista metapsicológicos en sentido psicoanalítico. Ya se ha tratado sobre el rol de la Metapsicología en el proceso de conocimiento psicoanalítico y de la cuestión de la puesta a prueba clínica de los puntos de vista metapsicológicos. La concepción de que para muchos puntos de vista metapsicológicos no es posible formular reglas de correspondencia implica que grandes áreas de la Metapsicología corresponden a superestructuras especulativas del psicoanálisis apenas comprobables en forma clínico-empírica<sup>9</sup> (ver Freud 1914c, p. 75). De todos modos, tal como se ha visto, entre los distintos niveles del andamiaje teórico psicoanalítico hay una gran cantidad de conexiones indirectas, de manera que de las observaciones que se pueden realizar en el nivel de la “planta baja” –accesible a todos– es posible obtener conclusiones sobre procesos supuestos en el nivel superior o inferior. Por lo tanto, la metapsicología juega por un lado un rol mucho menor que el que Habermas le atribuye, y por el otro apenas puede comprobarse científicamente por medio de la experiencia, y en gran medida pertenece a la superestructura especulativa. En este estado de cosas la metapsicología ciertamente no es adecuada para transformarse en la base de una metahermenéutica.

La crítica del malentendido que en Habermas cometió en la recepción de los conceptos metapsicológicos no alcanza a la disciplina metodológica que él propone. La posición metodológica de las interpretaciones generales no ganaría demasiado si se les otorgara una superestructura relacionada de algún modo con la metapsicología (como metahermenéutica). Así ésta contendría todos los puntos oscuros que caracterizan a la relación entre las teorías clínicas cercanas a la observación y la Metapsicología. El significado metodológico de las interpretaciones generales dispone de suficiente autonomía. Aquí se refiere Habermas a procesos de investigación que son a la vez procesos de autoinvestigación. A diferencia de la lógica de las Ciencias naturales y humanas, en el nivel de la autoreflexión no puede haber algo así como una metodología separada de su contenido, porque la estructura de la relación de conocimiento y la del objeto a conocer son una misma cosa. Pero Habermas también separa las interpretaciones generales de los enunciados metahermenéuticos:

Las interpretaciones generales son, así como las teorías científicas de la experiencia, ...directamente accesibles a la comprobación empírica, mientras que los supuestos básicos metahermenéuticos sobre actos comunicativos, deformaciones verbales y patología de la conducta provienen de la reflexión a posteriori sobre las condiciones del conocimiento psicoanalítico posible y sólo indirectamente, en el resultado de, por así decir, una categoría completa de procesos investigativos pueden confirmarse o fracasar (1968, p. 310).

Habermas describe como “interpretaciones generales”<sup>10</sup> (el concepto mismo proviene de Popper, quien lo introdujo para la explicación histórica) a las leyes sobre cuyo estatuto epistemológico nos interrogábamos previamente. Sería erróneo creer que con esta denominación se alude a interpretaciones psicoanalíticas en el sentido de técnica del tratamiento; más bien deben entenderse como esquemas del desarrollo infantil temprano que pueden ser utilizados como esquemas de interpretación de historias de vida individuales. Estos contienen, según Habermas:

...supuestos sobre diferentes patrones de interacción entre el niño y su objeto relacional primario, sobre los conflictos correspondientes y las formas de dominar el conflicto y sobre la estructura de la personalidad que de ello resulta a la salida del proceso de socialización de la temprana infancia, que por su parte representan un potencial para el resto de su historia vital y autoriza a realizar pronósticos. (Habermas, 1968, p. 315).

En este marco las interpretaciones generales se generan como resultado de múltiples y repetidas experiencias clínicas: “Obtenidas a partir del procedimiento elástico de las anticipaciones hermenéuticas que se verifican circularmente” (1968, p. 316). El esquema básico de la teoría de Habermas, que posibilita los conocimientos esbozados hasta aquí, es la consideración de la historia vital<sup>11</sup> como un proceso de formación, que en el caso de un paciente se caracteriza como perturbado. Según esto, el objeto del tratamiento psicoanalítico es “el proceso de formación interrumpido”, que se lleva a su culminación a través de la experiencia de la autorreflexión. Aquí hay que anotar una contradicción decisiva: Habermas coloca la reconstrucción de la historia vital en el centro de su exposición; pero en verdad la elaboración de la neurosis de transferencia en el aquí y ahora del tratamiento juega un rol mucho mayor que la reconstrucción del pasado.

En contraposición a las interpretaciones como técnica terapéutica, se considera que al adoptar el estatus de “general” la interpretación se sustrae al proceder hermenéutico de la corrección continua de la precomprensión textual; por ello, en lugar de la anticipación hermenéutica de los filólogos, la interpretación general está establecida. Habermas considera que las interpretaciones generales poseen el carácter de teorías en la medida en que como mínimo implican enunciados generalizadores que deben poder comprobarse en el caso individual; de este modo se sustraen a la modificación permanente a través del círculo hermenéutico. Por esta razón las interpretaciones generales tienen que comprobarse en los pronósticos derivados. Si a ello se agrega que las posiciones reconstructivas, que con el modelo de la interpretación general como esquema narrativo pueden derivarse para el caso único, también poseen en Habermas el carácter de hipótesis que pueden fracasar, se cuenta en lo que se dijo hasta aquí con claros puntos de apoyo para afirmar que la mencionada frase de Popper “Un sistema científico empírico tiene que poder fracasar” (1969a, p. 15) también posee validez en el psicoanálisis.

Hasta aquí, la clarificación de la posición epistemológica del psicoanálisis por parte de Habermas pareciera ofrecer las siguientes ventajas: el descubrimiento del malentendido científico conduce a preguntarse hasta qué punto la imitación –no adecuada a su objeto– de los métodos de las ciencias naturales condujo a la investigación empírica en psicoanálisis a callejones sin salida. En la medida en que el veredicto de la falsa autoconcepción cientista se refiere a algunos puntos de vista metapsicológicos, por ejemplo al modelo energético<sup>12</sup>, Habermas concuerda con opiniones similares de algunos psicoanalistas (Rosenblatt, 1970; Holt 1962, 1965). Tal como en expresiones semejantes en Rosenblatt y Holt, de la argumentación de Habermas se desprende que la pretensión de hallar por la vía psicológica la gran X de la energía psíquica, que según Freud (1920g) se introduce como elemento desconocido en todas nuestras ecuaciones, debe conducir a error. La clarificación de que el psicoanálisis es una Ciencia humana y no una Ciencia natural podría contribuir a favorecer una investigación empírica adecuada al objeto de la psicoterapia, que en el sistema de Habermas debe referirse a las interpretaciones generales, es decir a la teoría clínica del psicoanálisis.

La caracterización de las leyes psicoanalíticas como “interpretaciones generales”, como conocimiento histórico sistemático, favorece sin duda la comprensión de la situación específica del psicoanálisis. Si se focaliza además el

hecho de que la interpretación general debe comprobarse en los pronósticos derivados, se traza una clara línea divisoria respecto del proceder filológico hermenéutico y se garantiza la investigación empírica hasta la comprobación de los cambios conductuales esperables. Pareciera tentador abordar la puesta a prueba de las tesis psicoanalíticas con esta intelección. Dejando de lado las diferencias terminológicas, Habermas se acercaría a Popper. No obstante, Habermas se mueve nuevamente en otra dirección cuando deriva el grado de comprobación a partir de la sola autoreflexión del paciente<sup>13</sup>.

El nexo funcional entre procesos de formación perturbados y síntomas neuróticos no debe ser interpretado desde el punto de vista instrumentalista de una organización racional de medios dirigida a fines, o de una conducta adaptativa. “No se trata de una categoría de sentido extraída del círculo funcional del actuar instrumental” (p. 317). En lugar de ello el nexo funcional es entendido según un modelo escénico (en contraposición a un modelo instrumental); se trata de un sentido constituido por medio de un acto comunicativo y aprehendido reflexivamente como experiencia biográfica. En el modelo escénico de la vida entendido como proceso de formación –en el sentido de las novelas de formación del Iluminismo– el sujeto es a la vez actor y crítico. Al final del drama “el sujeto debe poder contar su propia historia y haber comprendido las inhibiciones que obstaculizaban la autorreflexión” (p. 317).

En la versión de Habermas el psicoanálisis deviene algo más que en un método de tratamiento: para él es “el único ejemplo concreto de una ciencia que emplea la autorreflexión metódica” (p. 262). La meta del tratamiento psicoanalítico se formula por consiguiente en términos iluministas: “El estadio final de un proceso de formación sólo se alcanza cuando el sujeto evoca sus identificaciones y alienaciones, sus objetivaciones forzadas y sus esforzadas autorreflexiones, como el camino a través del cual se constituyó” (p. 317). Si Habermas vincula por un lado el pensamiento científico experiencial de Freud con el concepto tomado de Popper de las interpretaciones generales, en la idea acerca de las metas del proceso formativo parecen colarse por otro lado determinados elementos románticos, muy alejados de la sobria idea de Freud acerca de la crianza. Tal vez el alegato de Albert en favor de un racionalismo crítico tome en consideración la intención de Freud en la medida en que, con razón, caracteriza determinado vínculo entre la hermenéutica y la dialéctica como “ideología alemana” y le opone las máximas freudianas de la ciencia natural (Albert 1971, p. 55). A continuación se tratará de las consecuencias

que resultan de la propuesta de Habermas para la verificación de las interpretaciones generales. La minuciosidad con que se refiere a la explicitación filosófica de Habermas sobre el Psicoanálisis se justifica por las radicales consecuencias que según él se desprenden para la anunciada verificación de las “interpretaciones generales”.

Puesto que sólo la historia del desarrollo temprano infantil fundada en la metapsicología y generalizada en forma sistemática coloca al médico en posición de generar propuestas interpretativas para el paciente a partir del diálogo analítico, la interpretación del caso se comprueba “en la sola continuación exitosa de un proceso formativo interrumpido” (p. 318). De lo anterior concluye Habermas que para el analista los insights analíticos sólo son válidos

...una vez que son aceptados por el propio analizado, ya que el acierto empírico de las interpretaciones generales no depende de la observación controlada ni de una comunicación posterior entre investigadores, sino de la sola autorreflexión que se produce y de una comunicación posterior entre el investigador y su ‘objeto’ ... Así, las interpretaciones generales se diferencian de las afirmaciones sobre un dominio objetal en el marco de teorías generales. Si las unas permanecen en la superficie del objeto, la validez de las otras depende de que las afirmaciones sobre el objeto sean aplicadas por los ‘objetos’, o sea por las mismas personas, a sí mismos” (p. 318).

Habermas caracteriza la diferencia entre la validez empírica de las interpretaciones generales y las teorías generales del siguiente modo: en el círculo funcional del actuar instrumental, la aplicación de supuestos a la realidad es una tarea que corresponde al sujeto investigador. En el caso del círculo funcional de la autorreflexión, la aplicación de afirmaciones conducirá sólo a la auto-aplicación del proyecto investigativo involucrado en el proceso de conocimiento. Dicho escuetamente, las interpretaciones generales sólo son válidas en la medida “en que aquellos que son objeto de interpretaciones se reconozcan a sí mismos en ellas” (p. 319).

Ahora se torna evidente la claridad con que Habermas intenta trazar una línea divisoria entre teorías generales –falsables– e interpretaciones generales, que deben verificarse en la capacidad reflexiva adquirida por el paciente. Sin embargo este intento de trazar una línea divisoria tampoco puede ser sostenido por el propio Habermas, y la praxis y la investigación psicoanalítica no

se hallan en consonancia con él. Las contradicciones en las que Habermas se enreda provienen del hecho de que las interpretaciones generales se alejan mucho de las comprobaciones que se exigen para las teorías generales, y a su vez deberían comprobarse en la proporción de éxitos y fracasos clínicos. No obstante éstas se sustraerían según Habermas a la ratificación intersubjetiva:

El marco general de la interpretación ciertamente se verifica en la proporción de éxitos y fracasos clínicos. Pero los criterios del éxito no son operacionales; éxito y fracaso, como la eliminación de síntomas, no pueden ratificarse intersubjetivamente. La experiencia de la reflexión sólo se confirma a través de la realización de la reflexión misma: a través de ella se quiebra la fuerza objetiva de un motivo inconsciente (1968, p. 189).

Esta vinculación que establece Habermas entre la proporción de éxitos y fracasos clínicos y la experiencia de reflexión del paciente resulta inconcebible. Como demostró justamente el Psicoanálisis, introspección y reflexión están sometidas en gran medida al autoengaño. El quiebre de la fuerza de un motivo inconsciente se muestra en forma objetiva justamente allí donde puede comprobarse intersubjetivamente: en los síntomas y en los cambios de conducta. Por otro lado, la asociación libre se aparta de una reflexión introspectiva dirigida a fines y a su vez la amplía por medio de la superación de resistencias. No debe haber ningún analista que adapte la dirección de la cura a la sola reflexión del paciente, a su proceso de formación, y que lo vea como la única instancia en la que las hipótesis interpretativas puedan comprobarse. El conocimiento del paciente, que éste acumula en el transcurso del tratamiento psicoanalítico y gracias al cual logra una nueva interpretación de su situación vital, es un aspecto en el cual el éxito del tratamiento se manifiesta al paciente. Por otro lado hay una apreciación del éxito de un tratamiento en el sentido de una prueba objetiva del cambio psíquico que se ha producido, que es completamente operacionalizable y puede ser sometida a una comprobación científica segura. En la propuesta de Habermas se introduce la utopía de que un sujeto esclarecido dispone de la historia de su autodevenir a través de la reflexión, lo cual representa una sobrevaloración del rol del conocimiento. Se deja de lado que el carácter emancipador de la reflexión se demuestra no sólo en el saber que se obtiene sobre sí mismo, sino en la actitud vital y en la capacidad para la praxis. En efecto, al término del tratamiento psicoanalítico, muchos pacientes

no son capaces de dar cuenta de los cambios y procesos de formación que se produjeron en ellos. Experimentan sus cambios en la inmediatez del vivir y el actuar, sin poder reflexionar filosóficamente sobre ellos en forma adecuada.

De la máxima “donde era ello yo debe devenir” no debe derivarse que el inconsciente dinámico, reprimido, que despliega su poder a espaldas del sujeto, quede luego de la elaboración psicoanalítica a disposición del sujeto en forma permanente. Consideramos acertada la crítica de Gadamer a este respecto: “El ideal de la elevación de una determinación natural a una motivación consciente racional representa a mi parecer una exageración dogmática que no guarda proporción con la *condition humaine*” (Gadamer 1971, p. 312). Con esto se ignora que en términos psicoanalíticos el proceso de formación del individuo debe consistir en desarrollar funciones y estructuras psíquicas que aseguren la capacidad de trabajar y amar; no debe tratarse de una adecuación conformista a un principio de realidad concebido ahistóricamente. En la teoría de Freud el principio de realidad posee la forma de un principio regulador que halla su contenido sociocultural en el transcurso de la historia. Es por eso que en la práctica psicoanalítica se trata de un equilibrio razonable entre los polos caracterizados como principio de placer y de realidad. En lugar del sometimiento autoplástico, ciego, a los contenidos de eficacia actual transmitidos socioculturalmente propios del principio de realidad, y de su internalización en funciones yoicas y superyoicas, idealmente deberían surgir soluciones aloplásticas racionales. Aquí cobra importancia un concepto de la teoría de la técnica terapéutica, el concepto de actuación [Agieren], que se refiere a los intentos de modificación aloplásticos dirigidos hacia el exterior que evolucionan mayormente en forma inconsciente y son dirigidos pulsionalmente. Si las exigencias de modificación del medio no van acompañadas de la disposición y capacidad de automodificarse, en psicoanálisis se afirma normalmente que estas acciones aloplásticas unilaterales constituyen frecuentemente una actuación. El que tales actuaciones tengan a menudo enormes consecuencias sociales e históricas, corresponde a las paradojas trágicas de la historia de la humanidad. Podría decirse que algunas relaciones rigidificadas sólo pueden ser modificadas mediante ciertas tergiversaciones de la realidad, a través de las cuales se liberan fuerzas de la actuación que parecen desconocer todo límite. La tragedia radica en que entonces los cambios generalmente se llevan a cabo por medio de fuerzas agresivo-destructivas que a corto plazo conducen a movimientos opuestos igualmente destructivos (Waelder, 1970). Con el método psicoanalítico se logran importantes intelec-

ciones de procesos colectivos, puesto que en la actuación del individuo puede advertirse que, en lugar de una pacificación del círculo familiar íntimo, se percibe con particular claridad la desarmonía en la sociedad, y se combate allí en vez de intentar con los propios procesos formativos<sup>14</sup>.

El análisis de Giegel del “proceso de formación” media entre los polos “reflexión” y “praxis”, tal como se desarrollaron aquí sintéticamente:

Cada una de las partes del conocimiento de que un sujeto dispone están conectadas entre sí en un sistema que puede estar estructurado de distintas maneras.... Hablamos de un proceso de formación cuando las estructuras que organizan el sistema de conocimiento se modifican de forma tal que dan lugar a una organización más abarcativa y menos forzada del conocimiento (p. 253).

Luego de un ejemplo de cambio estructural de ese tipo tomado del campo del proceso de desarrollo cognitivo del niño, Giegel continúa:

Primero se desarrollan las nuevas estructuras sin que este proceso sea controlado por la reflexión del sujeto en formación. Pero para ser eficaces, las nuevas estructuras deben construirse con cierta continuidad a partir de las viejas estructuras, porque sólo así pueden llevarse a cabo las operaciones lógicas de que se disponía en los niveles anteriores, aunque en otro contexto. Por ello, las estructuras de conocimiento siempre se corrigen sólo en puntos aislados y de ninguna manera se sustituyen bruscamente por otras“ (p. 255).

En esta modificación, Giegel asigna a la reflexión del sujeto una estabilización de la nueva organización del conocimiento, lo que da como resultado el carácter doble que poseen los efectos estimuladores de los procesos de formación: “Por un lado se imponen a espaldas del sujeto, por el otro la reflexión sobre esta transformación es imprescindible para que funcione” (p. 256). Esta interpretación se lleva muy bien con el modelo estructural del psicoanálisis, que en su variante de la psicología del yo influenció en forma decisiva la teoría de la técnica. Por último, para aclarar semánticamente el concepto de “proceso de formación”, debe señalarse que ya en las “Conferencias” presentaba Freud a la modificación de la estructura como un resultado esencial:

Mediante la superación de estas, la vida anímica del enfermo se modifica duraderamente, se eleva a un estadio más alto del desarrollo y permanece protegida frente a nuevas posibilidades de enfermar. Este trabajo de superación

constituye el logro esencial de la cura analítica; el enfermo tiene que consumarlo, y el médico se lo posibilita mediante el auxilio de la sugestión, que opera en el sentido de una *educación* (Freud 1917, p. 410-411).

El intento de Habermas de presentar al Psicoanálisis como ejemplo de una ciencia de la reflexión crítica (Gadamer 1971), que sería un ejemplo para la reflexión social, tendría como consecuencia el rechazo de cualquier acercamiento a interpretaciones tecnológicas. Pero su particularidad metodológica, el hecho de ser tanto una ciencia explicativa como una reflexión emancipadora, debe ser central para la determinación del estatuto epistemológico del Psicoanálisis. La multiplicidad de las técnicas de intervención psicoterapéutica que pueden derivarse de la teoría y la práctica psicoanalítica alude a un aspecto instrumental que de ningún modo puede ser desmentido<sup>15</sup>. La afirmación de Habermas de que el éxito y el fracaso no pueden verificarse intersubjetivamente en el tratamiento, que las demostraciones que se sustentan en la desaparición de síntomas no son legítimas, sucumbe a la confrontación con la práctica psicoterapéutica. Asimismo el señalamiento de Freud de que sólo la continuación del análisis puede decidir sobre la utilidad o inutilidad de una construcción no excluye la fuerza comprobatoria de modificaciones sintomáticas y conductuales, sino que entiende que el proceso de formación posee otras expresiones además de la autorreflexión del paciente.

El mismo Habermas dice en otro lugar (1963, p. 482) que una de las premisas para las comprobaciones teóricas radica en que los sistemas repetitivos se hagan accesibles a una observación controlada. Estos sistemas repetitivos son justamente los que se dan por ejemplo en comportamientos estereotipados, que como compulsión de repetición se manifiestan en diferentes formas y contenidos de las neurosis de transferencia. La repetición y el cambio, ambos identificables en la conducta, pueden observarse, y estas observaciones se han reflejado en la práctica y en la teoría psicoanalítica. Habermas admite que “del marco metapsicológico de la interpretación pueden desprenderse hipótesis individuales y someterse a prueba independientemente” (1967, p. 189). El mismo autor afirma:

Para ello se requiere de una traducción al marco teórico de las ciencias de la experiencia más estrictas ... De todas maneras la teoría freudiana contiene supuestos que pueden interpretarse en sentido estricto como hipótesis normativas; de ello se desprende que también incluye relaciones causales (1967, p. 190).

Lo que Habermas parece admitir aquí constituye el contenido de la teoría general y especial de las neurosis, cuya confirmación por medio de la sola experiencia de reflexión del paciente nos parece insuficiente. A esta autoreflexión del paciente se le estaría adjudicando una tarea que los pacientes –como indica una y otra vez la experiencia clínica– no pueden cumplir.

Se acuerda con Rapaport (1960) en que la comprobación de la validez de la teoría psicoanalítica es una tarea de la comunicación intersubjetiva de la comunidad de investigadores que, en concordancia con las reglas científicas de la experiencia, deben ponerse de acuerdo acerca de la práctica que se lleva a cabo. Ante la estrechez restrictiva de la confirmación de interpretaciones generales, la investigación y la práctica psicoanalítica no pueden conformarse con detenerse en un concepto del proceso de formación que es filosóficamente tan vago como complejo, a través del cual la teoría se confirmaría. De todas maneras, la lógica de la explicación a través de interpretaciones generales señala el modo específico, único, con el cual se puede obtener una confirmación de las afirmaciones psicoanalíticas. Este resulta de la conexión entre la comprensión hermenéutica y la explicación causal: “La comprensión misma adquiere fuerza explicativa”<sup>16</sup> (Habermas 1968, p. 328). La superación de la antítesis metodológica de la comprensión y la explicación a través de una “explicación comprensiva” o “comprensión explicativa” puede hallarse ya en las propuestas de Max Weber. Según Albert, éste había intentado superar la antítesis y con ello el historicismo extremo por medio de su noción de la sociología teórica como una ciencia comprensiva, que aspira a la explicación comprensiva de los fenómenos de la realidad cultural (Albert 1971, p.137).

Con relación a los síntomas, las construcciones poseen la forma de hipótesis explicativas en el sentido de conductas de análisis causal. La disolución de un “nexo causal” a través del trabajo interpretativo ilustra la eficacia de la terapia psicoanalítica. Estos enunciados deben aplicarse al caso individual. De ellos se derivan pronósticos, de modo tal que por medio del proceso terapéutico se le quita todo sustento a las condiciones de producción, y la supresión de dichas supuestas condiciones se evidencia en los cambios sintomáticos y conductuales (véase Habermas, 1968, p. 332). Se desprende que para la metodología de la investigación es muy importante examinar concretamente el caso individual. Aquí pueden y deben examinarse tanto el proceso formativo del paciente experimentado subjetivamente como sus cambios conductuales en el nivel verbal y preverbal, y a su vez constituirse ambos en criterio para la corroboración de hipótesis.

Con el objeto de otorgar mayor claridad al concepto de “interpretación general”, que juega un rol central en la concepción de Habermas, se rescatará ahora su marco referencial original. Al establecer la diferenciación de las teorías científicas e históricas, Popper introduce este término a fin de marcar una diferencia cualitativa: “Es importante entender que muchas ‘teorías históricas’ (quizás sea mejor llamarlas cuasi teorías) se diferencian considerablemente de las teorías científicas. Porque en la historia, los hechos a nuestra disposición son a menudo limitados y no es posible repetirlos o producirlos a voluntad. Estos se han reunido según un punto de vista a priori: las así llamadas fuentes históricas sólo registran aquellos sucesos que fueron lo suficientemente interesantes como para ser registrados, de manera que normalmente sólo incluyen aquellos hechos que coinciden con una teoría previa. Y dado que no se dispone de otros hechos, será normalmente imposible comprobar esta o aquella teoría posterior. A estas teorías comprobables se les puede reprochar justamente su *circularidad*, tal como se les reprochó injustamente a las teorías científicas. A dichas teorías históricas las denominaré, en contraposición a las teorías científicas, ‘interpretaciones generales’” (Popper 1958, p. 328, el subrayado es nuestro).

La posibilidad de comprobación de estas interpretaciones generales históricas es restringida, en la medida en que en la investigación histórica (como en el psicoanálisis) no puede haber *experimenta crucis* como en las ciencias naturales. Popper ofrece una exhaustiva fundamentación de lo anterior que lo lleva a renunciar a la visión ingenua según la cual “una serie de registros históricos puede interpretarse de una sola manera” (1958, p. 329). Aquí se pone de manifiesto la estrecha ligazón de la teoría popperiana de la falsación con las ciencias normativas axiomáticas. Luego introduce una serie de verificaciones relativas para interpretaciones históricas que alcanzan para establecer una validez posible y relativa: 1. Hay interpretaciones (erróneas) que no coinciden con los registros reconocidos; 2. Hay interpretaciones que requieren de una cantidad mayor o menor de hipótesis auxiliares plausibles para evitar la falsación a través del registro; 3. Hay interpretaciones que no logran conectar una serie de hechos que sí pueden ser conectados y explicados por medio de otra interpretación (1958, p. 329). Por consiguiente, también sería posible un avance importante en el campo de la interpretación histórica. Además habría todo tipo de estaciones intermedias entre puntos de vista más o menos generales e hipótesis históricas específicas o singulares, que en la ex-

plicación de acontecimientos históricos jugarían el rol de condiciones hipotéticas iniciales y no el rol de leyes generales (ver Klauber 1968). Es evidente que la importante diferencia cualitativa entre teorías científicas e interpretación general que realiza Popper está ausente en Habermas, para quien las interpretaciones generales aspiran al mismo grado de validez que los enunciados científicos experienciales generales. No obstante, aquellas se diferencian por la lógica de la investigación probatoria. A continuación se discutirá cómo se relacionan el esquema general de la explicación científica, las interpretaciones generales y las formas individuales de explicación, tal como surgen en la investigación y en el trabajo psicoanalítico.

## Bibliografía

- ABEL, T. (1953). *The Operation called Verstehen.*, New York: Appleton-Century-Crofts.
- ALBERT, H. (1968). "Theorie und Prognose in den Sozialwissenschaften". In: Topitsch, E. (Hrsg). *Logik der Sozialwissenschaften*. Köln, S.: Kiepenheuer & Witsch. (está bien)
- ALBERT, H. (1969). "Im Rücken des Positivismus?" In: Adorno, T.W., Dahrendorf, (m) R., Pilot, H., Albert, .H, Habermas, J., Popper, K. (Hrsg). *Der Positivismusstreit in der deutschen Soziologie*. Neuwied & Berlin, S: Luchterhand.
- ALBERT, H. (1971). *Plädoyer für kritischen Rationalismus*. München: Piper.
- ALBERT H. (Hrsg) (1972). *Theorie und Realität*. Mohr / Siebeck, Tübingen.
- APEL, K. O (1965). Wittgenstein und das Problem des hermeneutischen Verstehens. *Zeitschr. f.Theologie und Kirche* 63.
- APEL, K. O (1971). "Szientistik, Hermeneutik, Ideologiekritik". In: *Hermeneutik und Ideologiekritik*. Frankfurt: Suhrkamp.
- APEL, K. O (1955). Das Verstehen. *Arch Begriffsgesch* 1:142-199
- FREUD, A. (1936). Das Ich und die Abwehrmechanismen. Int Psychoanal Verlag, Wien.
- FREUD, S. (1895d). Estudios sobre la histeria (en colaboración con Breuer), en *Obras Completas* (Vol. 2). Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1895f). A propósito de las críticas a la "neurosis de angustia", en O. C. (Vol. 3, pp. 117-138). Buenos Aires: Amorrortu. (algún 1895 va, pag, 30 mas o menos)
- FREUD, S. (1912e). "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico", en O. C. (Vol. 12, pp. 107-120). Buenos Aires: Amorrortu.

- FREUD, S. (1914c). Introducción del Narcisismo, en O. C. (Vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1915f). “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”, en O. C. (Vol. 14, pp. 259-272). Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1916-17 [1915-17]). Conferencias de Introducción al Psicoanálisis, en O. C. (Vol. 16). Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1920g). Más allá del principio del placer, en O. C. (Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1925d [1924]). Presentación autobiográfica, en O. C. (Vol. 20, pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1933a [1932]). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, en O. C. (Vol. 22). Buenos Aires: Amorrortu.
- GADAMER H.G. (1965). “Wahrheit und Methode”. *Anwendung einer philosophischen Hermeneutik*. Tübingen: Mohr.
- GADAMER H.G. (1971). Replik. In: (Hrsg) *Hermeneutik und Ideologiekritik*. Frankfurt, S.: Suhrkamp.
- GADAMER H.G. (1971). “Rhetorik”, *Hermeneutik und Ideologiekritik*. In: (Hrsg) *Hermeneutik und Ideologiekritik*. Frankfurt, S: Suhrkamp.
- GIEGEL H.J. (1971). “Reflexion und Emanzipation”. In: (Hrsg) *Hermeneutik und Ideologiekritik*. Frankfurt, S.: Suhrkamp.
- GLOVER E. (1947). Basic mental concepts: Their clinical and theoretical value. *Psychoanal. Quart.* 16:1
- GREENSON R.R. (1960). Empathy and its vicissitudes. *Int J Psychoanal* 41:418-424. Dt: (1961) Zum Problem der Empathie. *Psyche* 15:142-154.
- HABERMAS J. (1963). Analytische Wissenschaftstheorie und Dialektik. Ein Nachtrag zur Kontroverse zwischen Popper und Adorno. In: (Hrsg) *Zeugnisse*. Theodor W. Adorno zum sechzigsten Geburtstag. Frankfurt, S: Europ. Verlagsanstalt 473-501.
- HABERMAS J. (1967). Zur Logik der Sozialwissenschaften. *Phil. Rundschau Beiheft*.
- HABERMAS J. (1968). Erkenntnis und Interesse. Frankfurt am Main : Suhrkamp.
- HABERMAS J. (1971). Der Universalitätsanspruch der Hermeneutik. In: (Hrsg) *Hermeneutik und Ideologiekritik*. Frankfurt: Suhrkamp, S 120-159.
- HEMPEL C. (1952). Typologische Methoden in den Sozialwissenschaften. In: Topitsch E (Hrsg) *Logik der Sozialwissenschaften* (1968).
- HILGARD E.R. (1952). Experimental Approaches to Psychoanalysis. In: E P-M (Hrsg) *Psychoanalysis in Science*. Stanford, S.: Univ. Press.
- HOLT R.R. (1962). A Critical Examination of Freuds concept of bounds vs. free cathexis. *J. Am. Psychoanal. Ass.* 10:475-525.

- HOLT, R. R. (1965). A review of some of Freud's biological assumptions and their influence on his theories. In: S GN, C LW (Hrsg) *Psychoanalysis and Current Biological Thought*. Madison, S: Univ. of Wisconsin Press.
- HOLZKAMP, K. (1970). Wissenschaftstheoretische Voraussetzungen kritisch emanzipatorischer Psychologie. *Zschr. Sozialpsychologie* 1:5-21, 109-141
- HOOK, S. (1959). *Psychoanalysis, Scientific Method and Philosophy*. Int. New York, Univ. Press.
- KÄCHELE, H., SCHAUMBURG, C., THOMÄ, H. (1973). Verbatimprotokolle als Mittel in der psychotherapeutischen Verlaufsforschung. *Psyche* 27:902-927.
- KEMPSKI, J.V. (1952). Zur Logik der Ordnungsbegriffe, besonders in den Sozialwissenschaften. *Studium Generale* 5:Heft 4 .
- KLAUBER, J. (1968). On the dual use of historical and scientific method in psychoanalysis. *Int. J. Psychoanal.* 49:80-87.
- KOHUT, H. (1959). Introspection, empathy, and psychoanalysis. An examination of the relationship between mode of observation and theory. *J Am Psychoanal Assoc* 7:459-483. Dt: Introspektion, Empathie und Psychoanalyse. Zur Beziehung zwischen Beobachtungsmethode und Theorie. In: *Psyche* 25:831-855 & in Kohut, H. (1977) *Introspektion, Empathie und Psychoanalyse*. Frankfurt: Suhrkamp.
- KRIS, E. (1950). Einleitung zu : S. Freud: Aus den Anfängen der Psychoanalyse. In: Kris E (Hrsg) *S. Freud: Aus den Anfängen der Psychoanalyse*. London, S: Imago Publishing Co.
- KRIS, E. (1951). Ego psychology and interpretation in psychoanalytic therapy. *Psychoanal Q* 20:15-30.
- KUHN, T.S. (1967). *Die Struktur wissenschaftlicher Revolutionen*. Frankfurt: Suhrkamp.
- LEVI, L.H. (1963). *Psychological Interpretation*. New York: Holt, Reinhart and Winston.
- LOCH, W. (1965b). Voraussetzungen, Mechanismen und Grenzen des psychoanalytischen Prozesses. Huber, Bern Stuttgart( no se el orden) ( aparece loch 1965)
- LOEWENSTEIN, R.M. (1951). The problem of interpretation. *Psychoanal Q* 20:1-14
- LORENZER, A. (1970). Sprachzerstörung und Rekonstruktion. Vorarbeiten zu einer Metatheorie der Psychoanalyse. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- MACINTYRE, A.C. (1968). *Das Unbewußte. Eine Begriffsanalyse*. Frankfurt: Suhrkamp.
- MALAN, D.H. (1963). *A study of brief psychotherapy*. Tavistock. dt. (1965). *Psychoanalytische Kurztherapie*. London: Stuttgart (Klett).
- MEISSNER, W.W. (1971). Freud's methodology. *J. Am. Psychoanal.* 19:265-309.

- MEYER, A.E. (1967). Die Interbeobachter-Übereinstimmung; ein psychologisches Methodenkriterium und seine Bedeutung in der Medizin. *Mat. Med Nordmark* 19:196.
- POPPER, K. (1958). *Die offene Gesellschaft und ihre Feinde*. Bern: Francke.
- POPPER, K. (1965). *Conjectures and Refutations*. London: Routledge and Kegan Paul.
- POPPER, K. (1969 b). *Das Elend des Historizismus*. Tübingen: Mohr/Siebeck.
- POPPER, K.R. (1969). *Logik der Forschung*, 3. erw Aufl. Mohr, Tübingen 1969 a.
- RADNITZKY, G. (1970). *Contemporary schools of metascience.*, Göteborg: Akademieförlaget. (falta 1973 pag 18)
- RAPAPORT, D. (1960). *The structure of psychoanalytic theory. A systematizing attempt*. New York: Int Univ Press.
- RAPAPORT, D. (1970). *Die Struktur der psychoanalytischen Theorie. Versuch einer Systematik*. Stuttgart: Klett.
- RAPAPORT, D., Gill M (1959). *The points of view and assumptions of meta-psychology*. *Int J Psychoanal* 40:153-162.
- ROSENBLATT, A.D., Thickstun JT (1970). *The concept of psychic energy*. *Int. J. Psychoanal.* 51:
- ROSENKÖTTER, L. (1969). *Über Kriterien der Wissenschaftlichkeit in der Psychoanalyse. (On scientific criteria in psychoanalysis)*. *Psyche Psyche* 23:161-169.
- SANDLER, J., (al e) et al (1962). *The classification of superego material in the Hampstead Index*. *Psychoanal. Study Child* 17:107-127
- SEARS, R.R. (1943). *Survey of objective studies of psychoanalytic concepts*. New York. Social Science Research Council Bulletin No. 51:
- THOMÄ, H., HOUBENA (1967). *Über die Validierung psychoanalytischer Theorien durch die Untersuchung von Deutungsaktionen*. *Psyche* 21:664-692.
- UEXKÜLL, TH., VON (1963). *Grundfragen der psychosomatischen Medizin*. Hamburg: Rowohlt.
- WÄELDER, R. (1962). *Psychoanalysis, scientific method and philosophy*. *J Am Psychoanal Assoc* 10:617-637.
- WÄELDER, R. (1970). *Fortschritt und Revolution*. Stuttgart: Klett.
- WEHLER, U. (1971). *Psychoanalyse und Geschichte*. Köln: Kiepenheuer & Witsch.
- WEISS, P. (1964). *Die Verfolgung und Ermordung Jean Paul Marats, dargestellt durch die Schauspielergesellschaft des Hospizes zu Charenton unter Anleitung des Herrn de Sade*. Frankfurt: Suhrkamp.
- WEIZSÄCKER, C. F. v (1971). *Die Einheit der Natur*. Hanser, München
- WELLMER, A. (1964). *Methodologie als Erkenntnistheorie*. Frankfurt: Suhrkamp. ( es 1967, pag. 33, falta 1972 , pag. 34 mas o menos)

- WISDOM, J.O. (1970). Freud and Melanie Klein. Psychology, ontology, Weltanschauung. In: Hanly C, Lazerowitz M (Hrsg) Psychoanalysis and philosophy. New York: Int Univ Press, S 327-362.
- WISDOM, J.O. (1972). A graduated map of psychoanalytic theories. *Monist* 56:376-412 algún wisdom va: está 1971 que es el que falta, no aparecen 70, 72, entre pag 38 a 43
- WYSS, D. (1961). Die tiefenpsychologischen Schulen von den Anfängen bis zur Gegenwart. Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen.

## Notas

<sup>1</sup> Nombro mis pensamientos a través de palabras, expongo, interpreto, explico, traduzco. Se asume que existe también una relación etimológica entre hermenéutica y Hermes. Porque Hermes, el dios del comercio, tenía en tanto mensajero de los dioses tareas de intérprete, tenía que traducir sus mensajes. Agradecemos al Prof. Dr. K. Gaiser, de la Universidad de Tübingen, además de otras indicaciones enriquecedoras, la aclaración filosófica de que la relación entre Hermes y hermenéutica se sustenta en una etimología popular, en una semejanza casual de las palabras. *Hermeneuo* proviene de una raíz que significa precisamente hablar.

<sup>2</sup> Entre ciencias humanas y psicoanálisis existen múltiples relaciones, con las que mi amigo el Dr. Phil. Walter Schmitthenner, profesor de historia antigua en la Universidad Freiburg me interiorizó. A él agradezco (H. Th.) también la indicación sobre la colección “Geschichte und Psychoanalyse”, Köln, prologada y editada por H.U. Wehler (1971).

<sup>3</sup> Según Rapaport (1960), la mayor parte del material probatorio experimental para la teoría psicoanalítica (Lit. ver Sears 1943; Hilgard 1952) es dudoso porque “la gran mayoría de los experimentos, cuya finalidad debía ser testear enunciados psicoanalíticos, revelan una indudable falta de interés en el significado de los enunciados a los que se somete a prueba en el interior de la teoría del psicoanálisis” (p. 117).

<sup>4</sup> “La objetividad científica puede describirse como la intersubjetividad del método científico” (Popper 1958, Vol. 2, p. 267).

<sup>5</sup> Comparar las expresiones de Hempel (1952) y Kempfski (1952).

<sup>6</sup> Aquí **se utiliza** principalmente los dichos de los siguientes trabajos: *Zur Logik der Sozialwissenschaften* (1967), *Erkenntnis und Interesse* (1968).

<sup>7</sup> Cientismo denomina según Hayek “la imitación esclava del método y lenguaje de las ciencias naturales” (citado según Popper 1969b, p. 83).

<sup>8</sup> “esa es, precisamente, la diferencia entre una teoría especulativa y una ciencia construida sobre la interpretación de la *empiria*. Esta última no envidiará a la especulación el privilegio

de una fundamentación tersa, incontrastable desde el punto de vista lógico; de buena gana se contentará con unos pensamientos básicos que se pierden en lo nebuloso y apenas se dejan concebir; espera aprehenderlos con mayor claridad en el curso de su desarrollo en cuanto ciencia y, llegado el caso, está dispuesta a cambiarlos por otros. Es que tales ideas no son el fundamento de la ciencia, sobre el cual descansaría todo; lo es, más bien, la sola observación. No son el cimiento sino el remate del edificio íntegro, y pueden sustituirse y desecharse sin perjuicio“ (Freud 1914, p. 75).

<sup>9</sup>Tal como se mostrará después en detalle, el concepto “interpretación general“ proviene de Popper, quien lo introdujo para las explicaciones históricas.

<sup>10</sup>Habermas ubica la reconstrucción de la biografía en el centro de sus dichos. Pero la elaboración de la neurosis de transferencia en el *hic et nunc* juega en verdad un rol mucho mayor que la reconstrucción del pasado.

<sup>11</sup>Se estaría ante una ley científico-natural si pudiera lograrse comprobar experimentalmente el modelo energético del Psicoanálisis, demostrar transformaciones energéticas medibles y en conocimiento de las condiciones circundantes derivar pronósticos. El que los intentos de Bernfeld y Feitelberg fracasaran respondió a razones de principio. “El modelo energético produce sólo la apariencia de que los enunciados psicoanalíticos se refieren a transformaciones energéticas medibles“ (Habermas 1968, p. 308).

<sup>12</sup>El nexo funcional entre procesos de formación perturbados y síntomas neuróticos no debe ser interpretado desde un punto de vista instrumentalista de la organización racional dirigida a fines o un comportamiento adaptativo. “No se trata de una categoría de sentido extraída del círculo funcional de la acción instrumental“ (p. 317). El vínculo funcional se entiende en cambio según un modelo escénico (en contraposición a un modelo de acción). Se trata de un sentido que “se forma por medio de acción comunicativa y se articula reflexivamente como experiencia biográfica“. En el modelo escénico de la vida, comprendido como proceso de formación –en el sentido de la novela de formación del Iluminismo– el sujeto es actor y crítico a la vez. Al final del drama “el sujeto también tiene que poder contar su propia historia y tiene que haber comprendido las inhibiciones que obstaculizaban la autor(r)eflexión“ (p. 317).

<sup>13</sup>P. Weiss hace decir en escena al Marqués de Sade: “Así es Marat / esto es para Usted la revolución / Usted tiene dolor de muelas / y debería hacerse sacar la muela / la sopa se le quemado / excitado pide una sopa mejor / Para una su hombre es demasiado corto / ella quiere uno más largo / A uno le aprietan los zapatos / en el vecino se ven más cómodos / A un poeta no se le ocurren versos / desesperado busca nuevos pensamientos / Un pescador sumerge durante horas el anzuelo / por qué no pica ningún pez / Así llegan a la revolución / y creen que la revolución les dará todo / un pez / un zapato / una poesía / un hombre nuevo / una mujer

nueva / y derriban todas las murallas / y luego están allí / y todo es como era entonces / la sopa quemada / los versos arruinados / el compañero en la cama / maloliente y gastado / y toda nuestra heroicidad / que nos empujó a las cloacas / nos la podemos poner en el sombrero / si es que aún tenemos uno“ (Weiss 1964, p. 83).

<sup>14</sup> Albert muestra la calificación desvalorizadora que coloca al instrumentalismo como único interés de conocimiento de las ciencias empíricas. Según él esta acusación estuvo en la historia del conocimiento una y otra vez al servicio de la protección de particulares creencias contra la posible crítica de parte de la ciencia natural (1971, p. 110, pie de página).

<sup>15</sup> La superación de la antítesis metodológica de comprender y explicar en una “explicación comprensiva“ o una “comprensión explicativa“ ya fue propuesta por Max Weber. Según Albert, éste intentó, con su comprensión de la sociología teórica como una ciencia comprensiva que se apunta a una explicación comprensiva de los fenómenos en la realidad de la cultura, superar la antítesis y con ello el historicismo extremo (1971, p. 137).